

rras de la dictadura y que en cien combates había derrotado á los enemigos del orden, tenía mas derecho á gobernar, que esa asamblea de demagogos que nada habían hecho, sino apresurarse á disfrutar de las victorias obtenidas con su espada.

Comonfort, al dar su golpe de Estado, «cambió sus títulos legales por los de un miserable revolucionario» según sus palabras textuales; la razón en que se apoyaba fué que no podía gobernar con la Constitución; pero los hechos vinieron á demostrar cuan grande era su error, pues mientras gobernó constitucionalmente, su administración gozaba de tal prestigio, estaba apoyado de un modo tan unánime por la Nación, que su gobierno parecía inmovible é indudablemente, que si no hubiera cometido falta tan trascendental, se hubiera ahorrado la patria muchos ríos de sangre y más pronto habríamos recobrado la paz, y con ella, el progreso en todos los ramos; á lo menos, tal es la opinión de la mayoría de nuestros historiadores.

Son raros los casos que nos presenta la historia, en que á las faltas sigan tan de cerca sus funestas consecuencias.

Comonfort, Presidente Constitucional, tenía el apoyo de la Nación entera.

Comonfort, revolucionario, ocho días después de su golpe de Estado, no contaba ni con la ayuda de los que lo indujeron á cometer falta tan grande; las fuerzas que se pronunciaron á su favor, fueron las primeras en volverse contra él y tuvo que salir de su país, á llorar en el destierro, los males que en un momento de ceguedad, produjo á su patria.

Otro ejemplo que retener: ¡un hombre como es-

te, tan merecedor de los más altos honores, de la gratitud nacional; de una prudencia y de un tacto admirables, de una conducta irreprochable, de un desinterés y de un patriotismo á toda prueba, cometiendo en un momento de ceguedad, de locura ó de debilidad, una falta irreparable! ¡Desgraciados pueblos cuyos destinos dependen de la vida, de la voluntad ó del capricho de un solo hombre!

Guerra de tres años. La única falta cometida por un hombre que siempre prestó servicios eminentes á la patria, volvió á acarrear sobre ella todos los horrores de la guerra civil durante tres años, pues el Jefe de las fuerzas que proclamaron el Plan de Tacubaya, una vez dado el golpe de Estado á favor de Comonfort, juzgó que podía dar otro golpe á su favor y así lo hizo revelándose contra el que acababa de investirse con los poderes dictatoriales, y ocupando la codiciada silla presidencial, de donde arrojó á su antiguo ocupante. El que ésto hizo, el Gral. Zuloaga, que había ocupado un puesto de tanta confianza entre las filas liberales, comprendió que éstos no podían aprobar su conducta, ni menos aun apoyarlo, y se pasó al bando opuesto, al partido conservador, que con estos elementos y casi todas las fuerzas de línea que se pasaron á su lado, emprendió la obra de asegurarse en el poder, persiguiendo á los liberales que en aquellos momentos se encontraban en condiciones angustiosísimas, pues casi todas las fuerzas de línea, todos los elementos de guerra y los mejores generales, sostenían al nuevo gobierno que se había instalado en la Capital de la República.

Sin embargo, las ideas liberales habían echado hondas raíces en la conciencia pública, pues se veía que de ningún modo atacaban los verdaderos intereses de la Religión, y que aseguraban á todos los ciudadanos el uso de sus derechos, de esos sagrados derechos del hombre, que una vez reconocidos, lo elevan de la categoría de siervo, á la de ciudadano; de la de esclavo, á la de hombre libre.

Los defensores de esos principios se encontraban diseminados por el vasto territorio de la República, sirviéndoles de centro de unión, de jefe, la grandiosa figura de Juárez, que siendo sustituto del Presidente de la República por derecho, había recogido el poder que Comonfort perdió, primero con su golpe de Estado y que después le delegó según las declaraciones que hizo al efecto.

Juárez, investido de la legalidad de que se había despojado Comonfort, recogió el prestigio que aquel tenía, prestigio que supo acrecentar con la rectitud de sus actos, su admirable serenidad en los más grandes peligros, su indomable constancia, su honradez acrisolada, su patriotismo á toda prueba.

Juárez era la encarnación de la ley, era el representante genuino de la legalidad, respondía á las aspiraciones de la parte sana de la Nación, tanto del elemento civil, como del militar que se preocupaba por la prosperidad y la tranquilidad de su patria. La prueba de ésto, fué que los jefes que permanecieron fieles á la causa de la Reforma jamás se revelaron contra él, ni desconocieron sus órdenes, á pesar de que él, sin medios de acción para hacerse obedecer de sus generales, permanecía bloqueado en Veracruz.

En esa lucha tremenda, se había apoderado del poder el elemento malsano del ejército, que en aquella época predominaba, y que era el militarismo de siempre, nomás que sin jefe con quién la patria hubiera contraído esas deudas que tan caro ha tenido que pagar. Por ese motivo no tenía ese elemento la fuerza que otras veces, pues aunque sus jefes eran mucho más hábiles y audaces y contaban con mayores elementos de guerra, no tenía ninguno de ellos que ostentar laureles conquistados en guerra extranjera.

Además, la Nación había comprendido cuales eran sus verdaderos intereses; tantos años de guerras intestinas, tanto ensayo de régimen político, había sido una verdadera escuela, y la Nación había manifestado de un modo claro y terminante siempre que había podido nombrar libremente sus representantes, que estaba cansada del centralismo, el cual sólo servía para sostener dictaduras militares que siempre habían oprimido al pueblo, privándolo de todas sus libertades y que optaba resueltamente por el sistema federal representativo.

La mejor prueba de ésto, fué que los constituyentes de 57, no solamente no recibieron presión ninguna para formular las grandiosas bases de su magna obra, sino que por el contrario, su labor era desaprobada por el Jefe Supremo del Gobierno, por el Gral. Comonfort; pero éste, á pesar de que no aprobaba los trabajos del Congreso, nunca se atrevió á ejercer gran presión para que obrara según su opinión, y obrando con cordura y patriotismo, respetó los fueros de los constituyentes y los dejó que trabajaran en libertad.

La Constitución de 57, debía pues ser en lo sucesivo, la bandera que seguirían todos los buenos hijos de México y esa bandera era llevada muy alto, muy dignamente por el gran Juárez que al fin logró vencer á los reaccionarios, á los militares ambiciosos que encubrían su ambición bajo la sombra de la religión, á la parte maleada del clero que no comprendía que "su reino no es de este mundo" y que debía limitarse á ejercer saludable influencia sobre las conciencias, sin temor á la luz del liberalismo, pues éste no ha venido sino á poner en práctica las enseñanzas de Jesús; á levantar al oprimido, á castigar al orgulloso.

Después de las victorias obtenidas por las fuerzas liberales en Silao y Calpulálpam, se consolidó el triunfo del partido de la legalidad, y Juárez volvió á la Capital de la República para seguir gobernando á la Nación, con ese patriotismo, esa energía y esa imperturbable serenidad de que siempre dió pruebas.

**Tratado Mac-Lane
Ocampo.**

Sin embargo, un acto cometido por él en un momento de desaliento, nos obliga á abrir un paréntesis.

Juárez, por las necesidades de la guerra, estaba investido de poderes dictatoriales, de los cuales siempre usó con prudencia, con magnanimidad; pero como hombre que era, también tuvo un momento de desfallecimiento, y él, que siempre se distinguió por su impasibilidad ante el peligro, por su serena constancia cuando se trataba de defender los grandes intereses de la patria, por su inquebrantable fé en la justicia y en el triunfo final de la

causa que sostenía; él, á quien con orgullo reconocemos como uno de nuestros hombres más grandes, y que en países extranjeros, aunque hermanos, ha sido declarado Benemérito de la América, tuvo un momento de debilidad y pactó el tratado Mac-Lane-Ocampo, que si hubiera sido aprobado por el Senado Americano, hubiera constituido una gran amenaza para nuestra integridad nacional.

Hablamos de este incidente desgraciado, sólo para hacer resaltar el hecho, de que siempre es peligroso para los pueblos dejar todo el poder en manos de un solo hombre, pues ya vimos como uno, de tantos méritos como Comonfort, en un momento de ofuscación, cometió una falta que costó á la República tres años de guerra civil, y ahora vemos al inquebrantable patriota, en un momento de desfallecimiento, cometer una falta que pudo acarrear grandes males á la patria.

Esta falta, que algunos escritores apasionados han querido hacer aparecer como una traición, no puede ser considerada como tal por ninguna persona imparcial; nosotros creemos que debe considerarse como una debilidad de nuestro grande hombre; pues ese tratado no tenía ninguna cláusula en que se cediera alguna pulgada de territorio nacional, y sólo hacía concesiones que podrían resultar peligrosas para la patria, tan peligrosas como las que puedan resultar del permiso que concedió últimamente el gobierno del Gral. Díaz á la misma Nación, para que estacionara buques carboneros en la Bahía de la Magdalena y para que su escuadra fuera á hacer en aquel punto, sus ejercicios de tiro al blanco.

Nosotros somos de los que consideramos como una amenaza para la Nación la concesión hecha á la vecina República del Norte para que haga uso de la Bahía de la Magdalena; pero no por eso hemos dicho ni pensado por un momento que el Gral. Díaz traicionara á la Patria. Consideramos este acto como una prueba de debilidad de un hombre que se acerca á los 80 años ó de extremada condescendencia hácia el ilustre huésped que tan hábilmente supo halagarlo.

El tratado Mac-Lanc-Ocampo lo consideramos igualmente como un acto de debilidad de Juárez, debilidad que todos los hombres están sujetos á sufrir en determinados momentos de la vida. El mismo Jesús de Nazaret, el ejemplo de más pura abnegación que ha venido al mundo, teniendo la visión de lo que le esperaba, tuvo sus momentos de desfallecimiento en el Monte de los Olivos, cuando lloroso dijo á su Padre: «Si es posible, aparta de mí este cáliz.»

A los hombres no podemos juzgarlos por un acto, ni por varios actos aislados de su vida. Todos tienen acciones buenas que presentar en su abono, acciones perversas que constituyen una deuda terrible.

El mismo hombre puede cometer acciones meritorias y otras vituperables y no es raro encontrar en la vida de algún criminal empedernido, acciones tan bellas que comueven, como también no hay hombre por grande que sea que no haya cometido sus faltas. Sin ir muy lejos, nuestra historia nos presenta muchos ejemplos, pues ni el más inmaculado de nuestros héroes dejó de cometer alguna falta, y

aunque la cometiera de buena fé, no por eso dejó de tener consecuencias funestas para la Patria. Apoyaremos en hechos nuestra afirmación, y sin el deseo de denigrar á seres cuya memoria veneramos, y cuyas faltas encontramos muy disculpables, citaremos algunos ejemplos además de los de Comonfort, Juárez y Díaz de que acabamos de hablar.

El venerable cura Hidalgo, cometió una falta de consecuencias trascendentales no ocupando á la ciudad de México después de la batalla del Monte de las Cruces. Esta falta fué cometida debido á los sentimientos humanitarios del venerable sacerdote; pero es indudable que si hubiera ocupado la Capital, el mal causado á sus habitantes no hubiera guardado relación con los beneficios que hubieran resultado para la causa de la Independencia.

El cura Morelos, que dió pruebas de ser un gran conocedor del arte de la guerra, un gran organizador, habilísimo administrador, y un verdadero clarividente, cometió la torpeza de convocar á un Congreso y querer gobernar con él en plena guerra, cuando que lo único que pudiera dar resultado en ese caso era un gobierno militar como estaba establecido de hecho. En otra parte hemos hablado de este asunto y lo hemos comentado suficientemente.

Guerrero y Bravo tan nobles, tan desinteresados, que han escrito con su espada y con su magnanimidad algunas de las páginas más bellas de nuestra historia, también cometieron la falta de ser de los primeros que iniciaron el régimen de pronunciamientos y asonadas militares.

Cerremos este largo paréntesis para proseguir nuestra narración.

Presidencia del Sr. Lic. Don Benito Juárez. Una vez establecido en el poder el gobierno de la legalidad, sostenido por el inmenso prestigio que ésta le daba, y por el que se había conquistado el grande hombre que estaba á su cabeza, rápidamente se estableció el orden en toda la República, pues el gobierno era sostenido por la Nación entera y tenía á su servicio las espadas que tan brillantes triunfos le dieron en Silao y Calpulálpam.

Además, Don Benito Juárez unía á su apego á la ley, una inquebrantable energía, y había logrado subyugar con su grandeza de alma á todos los jefes liberales, que lealmente sostenían á su gobierno, como el representante de la legalidad, y el porta-estandarte de la Constitución de 57, que, como hemos dicho más arriba, había servido de centro de unión, de bandera á todos los buenos hijos de México.

El militarismo había sufrido un golpe mortal, pues los nuevos jefes del ejército sólo ambicionaban la tranquilidad, el progreso y la felicidad de la Patria, y satisfacían esa noble ambición sirviéndola con infatigable celo.

Los jefes de las antiguas asonadas habían tenido que huír sin esperanzas de volver.

Todo parecía tranquilo, pues los principios liberales, y el sistema federal representativo, habían triunfado en las sangrientas revoluciones y después de la última, ya estaba tan desprestigiado el grito de guerra de los enemigos del orden: «Religión

y fueros,» que no había casi ni quien lo pronunciara, ni menos quien siguiera á uno que otro insensato que aún quería perturbar el orden con este pretexto.

Elección del Lic. Benito Juárez para la Presidencia de la República. Terminada la guerra civil, el gobierno de Don Benito Juárez convocó á la Nación para que eligiera sus representantes en el Congreso, sus Magistrados, y el nuevo Presidente de la República á quien él debía entregar las riendas del poder.

Dos candidatos principales se disputaron ese puesto: Juárez, que con su estoicismo y su constancia había salvado las instituciones liberales y el magnánimo jefe González Ortega, que con su espada victoriosa había sido el que decidiera el triunfo de la Reforma.

La balanza se inclinó por Juárez, y González Ortega, aunque consciente del inmenso prestigio que tenía en la Nación y sobre todo en el ejército, se inclinó ante el fallo del voto público, y puso su espada al servicio de su contendiente, conquistándose con ese acto mayor gloria, que la que hubiera podido conquistar gobernando hábilmente á su patria después de haber desconocido su voto y haber arrojado con las armas en la mano, á su legítimo representante del puesto que ocupara.

¡Otro ejemplo qué imitar!

La Nación después de haber conquistado tan preciosos bienes, y contenta con tener al frente de sus destinos al inmortal Juárez, creía que era llegado el momento de reposar, á fin de curar sus heridas y restañar la sangre que aun manaba por ellas;

pero estaba en un error, el triunfo de las ideas liberales no se había logrado sin lastimar grandes intereses, pues las leyes de Reforma habían privado al clero de sus riquezas, y éste difícilmente se resignaba á ello; además, las guerras civiles encienden y alimentan tan terribles pasiones, que con frecuencia se ha visto que un partido prefiere sacrificar la independencia de su patria con tal que el partido contrario no ocupe el poder.

Guerra de la Intervención Francesa. Esto pasó en México, pues uniéndose al clero los conservadores mas recalcitrantes y apasionados, así como algunos de los generales que habían perdido la esperanza de llegar á hacer de las suyas desde que el partido liberal había obtenido triunfos tan importantes que lo habían consolidado definitivamente, intrigaron con habilidad en Europa y lograron acarrear una tormenta sobre su patria, pues tres Naciones poderosas mandaron sus barcos de guerra y sus ejércitos á nuestras playas.

De estos hechos tan tristes, encontramos en la historia muchos casos, y sólo citaremos algunos, siguiendo la costumbre que hemos observado en el presente trabajo, de apoyar todas nuestras afirmaciones en hechos históricos, á fin de sacar de ellos la luz necesaria para iluminar los asuntos más oscuros.

Para no remontarnos muy lejos, recordemos la conducta de los emigrados franceses durante la Revolución que fueron á engrosar las filas de los enemigos de su patria, de los que pretendían des-

membrarla, tan sólo por que no estaban conformes con el gobierno que ésta se había dado.

La República de Cuba nos dió recientemente un tristísimo ejemplo, pues el presidente Estrada Palma, viendo que no podría asegurar su reelección y que no podría luchar contra el partido liberal, solicitó la intervención del Gobierno Americano, la cual tan caro ha costado á la Perla de las Antillas. Los hechos posteriores han venido á probar lo apasionado del juicio que Estrada Palma tenía formado de los liberales, puesto que á éstos será á los que los americanos dejen en el poder después de evacuar la isla, y de haber intervenido para que las elecciones sean libremente hechas (á lo menos esto se deduce de las noticias que nos trae el cable, pues en la fecha en que escribimos estas líneas, Octubre de 1908, aún no se resuelve la cuestión).

Por último, para que se llevara á cabo el tratado Mac-Lane-Ocampo, indudablemente que entre otras razones, obró el profundo despecho de Juárez y su Gabinete contra el partido contrario que tantas amarguras había acarreado á la patria.

Estas son las funestas consecuencias de las guerras civiles que encienden entre hermanos odios inextinguibles, odios que hacen perder hasta la noción de Patria, pues ciegos por la ira, sólo desean ardientemente la ruina de sus enemigos, aunque en su caída arrastran á su patria.

Por eso debemos felicitarnos que más de 30 años de paz y la política conciliadora del General Díaz, hayan acabado con esos profundos rencores que nos tenían constantemente divididos. Esa política de conciliación que hemos visto vituperar tan fre-

cuentemente, la juzgamos como uno de los timbres de gloria más leítimos del General Díaz, lo cual nos causa satisfacción declarar, para probar que no somos apasionados y que, siguiendo las indicaciones de nuestro escaso criterio y de nuestra amplia buena fé, procuramos dar: al César, lo que es del César.

Ha de dispensar el lector tan frecuentes digresiones del principal tema que vamos desarrollando en este capítulo, pero no es propiamente un trabajo histórico el que presentamos al público, sino que estamos buscando en la historia, el material que necesitamos para desarrollar nuestra tesis, y juzgamos indispensable comentar tales hechos, á fin de aprovechar las deducciones que nos sugieran en la parte más importante de nuestro modesto trabajo.

Volvamos pues á la vituperable acción cometida por los elementos del partido conservador aliados con los militares que no verían su ambición satisfecha con el régimen dominante.

Estos elementos, por medio de emisarios que fueron á Europa y que trabajaron sordamente pero con constancia, lograron seducir la aventurera imaginación de Napoleón III y éste, para enmascarar los fines que se proponía de establecer una monarquía en México, invitó á Inglaterra, España y los Estados Unidos de América para que se unieran á él con el fin de hacer á México las reclamaciones por perjuicios que pretendían haber recibido sus nacionales. Los Estados Unidos no aceptaron la invitación, pero sí la aceptaron Inglaterra y España, celebrando un convenio con el Empera-

dor de los franceses para mandar sus escuadras á Veracruz, con algunas fuerzas de desembarque.

Llevaron adelante lo pactado, y ocuparon el puerto de Veracruz los ejércitos de las potencias unidas.

El gobierno de Don Benito Juárez, entabló desde luego negociaciones diplomáticas y observando un lenguaje correcto, pero enérgico, digno y prudente, logró disolver en parte la tempestad que amenazaba á nuestra patria, obteniendo que retiraran sus fuerzas del territorio nacional, Inglaterra y España.

Este triunfo diplomático se debió también en gran parte á que los representantes de Inglaterra y España obraron con buena fé; á que no quisieron precipitar á sus países en una guerra injusta, y á la hidalguía, caballeridad y patriotismo del General Prim, representante de España, que con su noble comportamiento tanto ha influido para que los lazos que nos unían á nuestra madre patria, volvieron á estrecharse, después de haber estado tanto tiempo á punto de romperse.

La hábil, digna y sincera diplomacia del gabinete de Juárez, no podía convencer al representante de Francia, que traía instrucciones terminantes, aunque reservadas, en abierta pugna con los convenios de Londres, y que consistían en no admitir ningún arreglo con el gobierno de Juárez, sino de penetrar hasta la Capital, procurar la pacificación del país y coronar Emperador de México, al Archiduque Maximiliano de la casa reinante de Austria.

Por tal motivo, fué imposible todo arreglo con

los representantes de Napoleón III y principiaron las hostilidades, dando desde luego pruebas de su mala fé, con el hecho de no haber respetado los tratados de la Soledad, según los cuales, al romperse las hostilidades, las fuerzas invasoras debían de retirarse á ocupar los puestos que tenían antes de firmarse dichos tratados.

En esta guerra, la suerte que corrieron las armas nacionales, fué diversa y lo que indudablemente nos dió el triunfo, fué la inquebrantable firmeza de Juárez, que seguía tremolando en su mano la bandera de 57, á la cual unía la de la independencia de la patria, pues él, electo legalmente Presidente de la República, era su representante legítimo y con este carácter, lo reconocían los jefes militares.

Al principio de la guerra, las armas nacionales lograron cubrirse de gloria en la memorable batalla del 5 de Mayo, en la cual, el modesto y valiente General Zaragoza, rechazó con fuerzas inferiores en número, á las aguerridas huestes napoleónicas.

En esta batalla se distinguieron todos los jefes mexicanos que en ella tomaron parte, contándose entre ellos, el General Porfirio Díaz, actual Presidente de la República.

El resultado de este triunfo fué inmenso bajo el punto de vista moral; pues demostró al mundo que la fuerza de México era de tenerse en consideración y que no se le podía humillar impunemente.

Por desgracia, á este brillante triunfo sucedieron una serie de desastres, principiando en Orizaba donde nuestras fuerzas se derrotaron casi solas debido á un golpe audacísimo de los franceses que

atacaron con fuerzas insignificantes el cerro del Borrego, siendo ayudados eficazmente por la obscuridad de la noche y por la confusión que este inesperado ataque llevara á las fuerzas mexicanas.

Más tarde, cuando el ejército francés fué considerablemente reforzado y que volvió á tomar la ofensiva, las fuerzas mexicanas se encerraron en Puebla, habiendo hecho una defensa heroica y que podemos considerar como una de las páginas más brillantes de nuestra historia militar, pero de consecuencias fatales para la República, pues al tomar el enemigo la plaza, perdió aquella casi todos los elementos de guerra, sus ejércitos más bien organizados, y muchos de sus más hábiles jefes.

El Gobierno de Don Benito Juárez hizo cuanto pudo por auxiliar la plaza, mandando un convoy sostenido por una fuerte columna al mando del General Comonfort, pero éste fué derrotado completamente y no pudo prestar el auxilio que tanto necesitaba la plaza sitiada.

Estos descalabros de las armas nacionales, abrieron las puertas de la Capital de la República á las fuerzas invasoras, y Don Benito Juárez, acompañado de su Gabinete, evacuó la Capital y fué á establecer su gobierno en los Estados que se encontraban libres, teniendo que cambiar frecuentemente de residencia, llevando á cabo esa famosa peregrinación hasta los límites de la República, en la cual dió nuevas pruebas de su fé inquebrantable en el triunfo final de las armas nacionales, pues con su rara clarividencia, sabía cuan grande es la fuerza del derecho y estaba consciente del que le amparaba.

Juárez, en su peregrinación, tremolando constantemente la bandera de la independencia; representante siempre digno de la patria; imperturbable, sereno, incorruptible, servía de centro de unión á todos los buenos mexicanos, que fieles militaron bajo las banderas republicanas hasta obtener el triunfo definitivo de la República.

En esta guerra volvió á darse el mismo caso que en la de Reforma; los que defendían á la patria en aquellos momentos, no tenían más ambición que salvarla y comprendiendo cuan funesta hubiera sido cualquiera división, y subyugados por el prestigio de Juárez, pelearon todos en unión perfecta y se ayudaron mutuamente los jefes militares en sus respectivas operaciones, sin que estos movimientos fueran en ningún caso entorpecidos por celos ó por envidia.

¡No cabe ni duda que los grandes peligros despiertan las grandes virtudes, así como los placeres, la molicie, enervan las más nobles facultades del alma!

Una vez disuelto en Puebla el cuerpo principal de operaciones, y ocupado el centro de la República por las fuerzas invasoras, la guerra tomó un carácter parecido al de nuestra guerra de independencia, pues ocupado el país en su mayor parte por los ejércitos franceses, tan aguerridos, bien equipados y rápidos en sus movimientos, era muy difícil para los republicanos organizar grandes ejércitos con tan pocos elementos como de los que podían disponer, y tuvieron que limitarse á la organización de guerrillas, que pudiendo siempre esquivar el combate cuando comprendían que la

suerte les sería adversa, podían emprenderlo tan pronto como juzgaban la victoria segura, debido á la gran movilidad que les proporcionaba la falta de pesada artillería y de voluminosos bagajes.

En esta clase de guerra sobresalen nuestros compatriotas, eficazmente ayudados por la configuración del Territorio Nacional.

A pesar de las numerosas defecciones en las filas republicanas ocasionadas por los continuos triunfos de los invasores, y á pesar de que éstos tenían como aliados á numerosas fuerzas mexicanas que habían traicionado á su patria y que conocían perfectamente el terreno, la causa de la independencia fué defendida sin descanso por muchos jefes republicanos, á quienes nunca abatían las derrotas ni los mayores desastres.

Esos jefes, dignos de la veneración nacional por su constancia, nunca desmayaron en sus esfuerzos para atacar los puestos del enemigo, que no era dueño sino del terreno que pisaba, y tenía que marchar siempre en gruesas columnas, pues las pequeñas eran atacadas y frecuentemente destrozadas por los incansables jefes republicanos.

Evacuación del Territorio Nacional por las Fuerzas Francesas.

Esa heroica resistencia, que hacía gastar á Francia enormes sumas de dinero, que le hacía perder en combates estériles sus mejores soldados, logró al fin disipar las esperanzas que abrigaba Napoleón III, de llegar á consolidar el Imperio Mexicano y tuvo que retirar sus huestes para llevarlas á su país, á pagar muy caro el atentado que cometieran en nuestra patria.

¡Pobre pueblo francés, que tan duramente fué castigado por haber inclinado la cabeza ante el descendiente del gran Napoleón!

Ese hombre nefasto para su patria y también para la nuestra, es el único responsable de tanta sangre derramada.

¡Otro ejemplo del tremendo castigo que reciben los pueblos que abdican su libertad; del peligro de dejar el poder en manos de un solo hombre!

Una vez retiradas las fuerzas francesas del territorio nacional, se desplomó el llamado imperio de Maximiliano, pues las fuerzas traidoras que lo sostenían, ni eran suficientemente numerosas, ni tenían ese entusiasmo, esa fé, que hacía inflexibles á los republicanos.

El golpe de gracia lo recibió el Imperio con la toma de Querétaro, pues el llamado Emperador y sus principales generales fueron hechos prisioneros, juzgados y condenados según las leyes del país.

Este gran acontecimiento permitió al general en jefe de las fuerzas sitiadoras de Querétaro, General Mariano Escobedo, desprender parte de sus fuerzas para estrechar el sitio de México que había iniciado el Gral. Díaz con buen éxito.

La plaza tenía que rendirse tarde ó temprano, pues las fuerzas sitiadas estaban desmoralizadas y nunca podrían hacer una salida con éxito, así es que procedió el Gral. Díaz con gran cordura al no atacar la ciudad, para evitar derramamientos inútiles de sangre.

Reflexiones sobre la Guerra de Intervención.

En esa larga guerra, muchos fueron los jefes republicanos que se distinguieron por su inquebrantable constancia, por su incansable actividad, y por su lealtad á la causa republicana.

Entre esos héroes, tres son los que descuellan: Escobedo, Corona y Díaz. Los tres combatieron con constancia y obtuvieron frecuentes victorias sobre las fuerzas francesas.

A los tres debía la patria grandes servicios y aunque la adulación ha querido atribuir al actual Presidente de la República la mayor parte del mérito en aquella gloriosa guerra, allí está la historia imparcial para pesar las acciones de cada quien y si bien es cierto que las batallas de Miahuatlán y la Carbonera, las tomas de Puebla y México, son timbres de gloria muy legítimos para el Gral. Díaz, también lo es que Escobedo obtuvo victorias mucho más importantes por el número de combatientes y por los resultados obtenidos, como la de Santa Gertrudis, y que la toma de Querétaro revistió mucha mayor importancia que las de Puebla y México. Además, las fuerzas de caballería que destacó Escobedo en observación de Márquez, estorbaron el paso de éste á Puebla y permitieron al Gral. Díaz tomar por asalto aquella ciudad el 2 de Abril.

A esta toma de Puebla se le ha querido dar una importancia grandísima, al grado de declarar día de fiesta nacional el aniversario de ese hecho de armas.

Sólo la adulación, que pocos escrúpulos tiene,